

# **LA CALA DEL PERRO**

**Aurelio Calvo Valdayo**

**LA CALA DEL PERRO**

  
**ESDRÚJULA**  
EDICIONES  
{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, mayo 2023

© Aurelio Calvo Valdayo, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Ilustración de cubierta: Nerea Rodríguez

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 812-2023

ISBN: 978-84-126838-8-2

Impreso en España · Printed in Spain

A mis nietos Marta, Luis y Pilar

*Las palabras son  
la expresión del pensamiento.  
Un libro es  
la escultura de las palabras.*

EL AUTOR

# INTRODUCCIÓN

Como apasionado estudioso de la historia que soy, me he atrevido a escribir esta novela dándole algunas pinceladas descriptivas de lugares y leyendas.

En esta narración, donde se mezcla la realidad histórica con la imaginación, no intento ser muy estricto con los hechos ocurridos. El propósito que me ha animado ha sido, simplemente, mezclar la invención con los acontecimientos que verdaderamente ocurrieron, y dar ritmo y vida a una trama que aúna historia, ficción y aventuras de épocas pasadas. Solo he pretendido escribir un libro para que el lector pase un rato ameno.

Los protagonistas, los hermanos Alfonso y Pedro de Perea, son totalmente ficticios, así como Xabier de Muga, su amigo inseparable y hermano de adopción. Pero en realidad, la protagonista de ahora en adelante será la espada de Pedro de Perea, cuya presencia en la casa del abuelo narrador, como reliquia y tesoro heredado por los descendientes de aquellos imaginados personajes medievales, será lo que hilvane la narración.

Hago mención a Villamañán y Valencia de Don Juan, de la provincia de León, situados en la vega del Esla, de gente acogedora y cariñosa. De Villamañán procede un personaje del relato: el fraile Vicenzo, devoto, como muchos de la Virgen de la Zarza,

patrona de la villa. Ambos municipios aparecen en la narración porque les tengo un cariño especial, dado que de niño pasé muchos agostos de vacaciones excepcionales con mis padres en casa de mi abuela en Villamañán, y algunas tardes extraordinarias con mis tíos en Valencia de Don Juan. Aún me gusta ir por allí para saludar a viejos amigos.

La figura de Juan II, padre de Isabel la Católica, ha sido muy importante en los avatares de nuestra historia. Nunca se sabrá qué habría ocurrido si hubiese entrado en Granada tras vencer en la batalla de la Higuera y hubiera logrado la incorporación a Castilla del reino nazarí. Probablemente, la historia de España habría sido otra.

Narro también algunos hechos heroicos del largo periodo de la Reconquista, años difíciles en los que se vivía duramente y se podía perder la vida en un mal enfrentamiento: era uno o el enemigo el que moría; raramente se producían situaciones intermedias. Hay acontecimientos en la historia que el tiempo no debe engullir ni olvidar.

Cazorla es un pueblo de Jaén situado en la falda de la sierra de su mismo nombre. Un pueblo pequeño, pero tranquilo y animoso, cuyo castillo, desde lo alto del monte, domina el entorno como un centinela. Fue sin duda una punta de lanza castellana, muy importante estratégicamente como vigía adelantado hacía el reino nazarí de Granada. Cazorla será punto clave en nuestro relato: de allí son los protagonistas y de allí partirán a tierras musulmanas.

Granada fue siempre una ciudad crucial en el ámbito político, ya que era la capital del sultanato, al margen de su importancia económica al ser también un lugar de cruces de caravanas y mercaderes de diferentes países. Último territorio musulmán en la Península, donde se movían con mucha

cautela los espías castellanos y árabes, a favor de los reyes cristianos, para transmitir todo tipo de información sobre los movimientos de la política nazarí, ya fuera sobre los acuerdos con otros países o sobre los desplazamientos de tropas con alguna intención.

Cito también Almuñécar, que, además de haber sido relevante en aquella época como lugar de partida de las caravanas que se dirigían a la capital, fue lugar de veraneo para mi familia durante mucho tiempo, lo mismo que La Herradura, Jete y Otívar, como lugares de descanso y para comprar sus buenos y afamados vinos, antes de llegar a Almuñécar y La Herradura.

En las décadas de 1970 y 1980, incluso a principios de la de 1990, la carretera de la Cabra, que aún transitan algunos granadinos, fue muy utilizada para evitar las enormes retenciones que se producían en la carretera general, entre Granada y los pueblos de veraneo de la costa granadina. La carretera de la Cabra era espectacular por su recorrido lleno de curvas, frondosidad, barrancos interminables y maravillosas vistas.

Debo hacer referencia al abuelo narrador, quien mantiene viva la tradición familiar y cuenta detalladamente todos los acontecimientos, y a los nietos, curiosos oyentes interesados en la historia de la espada que guarda la familia y en las circunstancias que hacen de este acero el elemento de unión con su heroico pasado.

Granada, julio de 2022

# La Cala del Perro

## EN LA PLAYA

La Herradura (Granada), septiembre de 2006

La llegada del abuelo Pedro para pasar el fin de semana con la familia había sido del agrado de su hijo Pedro y de su nuera Begoña, ambos nacidos en Cazorla y novios desde la temprana juventud. A Begoña, el abuelo la conocía desde niña porque era la hija de su amigo Paco Caño, y la quería como si fuera propia. Pero los más contentos por la visita eran sus nietos Pedro y Javier, que tenían adoración por el abuelo. Begoña regentaba la antigua farmacia de su padre, ya retirado, y Pedro era profesor del instituto Castillo de la Yedra de Cazorla, donde vivían.

El abuelo Pedro era viudo. Jubilado desde hacía unos años, había sido médico en Úbeda, donde seguía residiendo. Su compañero de estudios, juergas y correrías de juventud había sido Paco. Ambos estudiaron en el Real Colegio Mayor San Bartolomé y Santiago, de la calle San Jerónimo de Granada, de gran solera en esta ciudad. Desde niños ya los unía una gran amistad, que se hizo inquebrantable desde que empezaron sus diferentes carreras en la antigua Universidad de Granada.

El abuelo Pedro no era mucho de veranear en la playa. Prefería la montaña. Por eso tenía también una casa en Cazorla, heredada de sus padres, adonde iba algunos días en

Navidades y, sobre todo, en los meses del verano. Había sido y era la casa familiar por excelencia: antigua, de gruesos muros de piedra, con habitaciones espaciosas y un salón enorme con una amplia y vetusta chimenea. Había sido reformada, compaginando el sello atractivo de lo antiguo y el toque estético de lo moderno. La decoración, armonizada en todas sus manifestaciones, la hacía una casa elegante y acogedora, donde se reunía la familia en algunas celebraciones. Le gustaba al abuelo pasear durante los meses en que el sol apretaba y hacía notar su calurosa presencia. Allí estaba más fresco, y compartía con su amigo Paco y otros vecinos de Cazorla largas caminatas por la sierra y prolongadas charlas de muy diferentes asuntos, con recuerdos de antaño, de su tiempo; según ellos, la época dorada, la mejor.

Y ese fin de semana que el abuelo decidió bajar a La Herradura para verlos fue como una gran fiesta para todos: había que celebrar tan inesperada visita.

Otros años los había visitado en Calahonda, lugar donde solían veranear, pero ese año, por primera vez, como los amigos de padres e hijos veraneaban en La Herradura, habían alquilado allí un bonito apartamento con una gran terraza que daba al mar. Es un sitio excepcional en la costa granadina por sus vistas y su tranquilidad, y le tenía mucho cariño porque parte de la historia de la familia empezaba allí. Historia familiar que pensaba transmitir a sus nietos, ya grandes muchachos. El padre de estos, es decir, su hijo Pedro, no se la había contado nunca, pues prefería que se encargase el abuelo, gran narrador, y esos días de descanso eran muy apropiados para ello.

Después de la comida y con un café entre las manos, el abuelo se dirigió a Pedro y Begoña:

—Ya que estoy aquí, esta noche podéis aprovechar para cenar fuera. Los chicos y yo nos podemos quedar perfectamente en la terraza; nos tomamos un helado de los que he traído y estaremos muy a gusto. Además, quiero contarles algunas historias que ya deberían saber.

—Pero... ¿y la cena? —dijo Begoña.

—No te preocupes; sabremos hacernos algo sin problema. Saldremos airosos de cualquier reto culinario sencillo. Salid vosotros, haced el favor.

—Pero, papá, si ya salimos bastante con otros matrimonios amigos —protestó su hijo Pedro.

—No se hable más. Idos y disfrutad; nosotros estaremos perfectamente. Ahora —se dirigió a sus nietos— podríamos darnos un baño en la playa si queréis.

—Por supuesto, abuelo —dijo Javier.

Pedro puso otra cara, pero después de dirigir la mirada a su madre, que lo observaba con gesto serio, respondió:

—Claro que sí, ¡vámonos ya!

Era media tarde. Todavía hacía calor en la playa y muchas personas aún tomaban el sol, inmóviles como si les fuera la vida en ello; otras jugaban en la orilla, adonde llegaba plácidamente esa agua del Mediterráneo que, en esta costa granadina, es cristalina y agradable durante el día y suave al atardecer. Sentados frente al mar y debajo de una sombrilla de rayas blancas y azules, de las que se ven muchas durante los meses de verano en la playa, el abuelo habló con sus nietos de muchas cosas: les preguntó por las asignaturas de los cursos que habían aprobado, por las pandillas de amigos en esta época veraniega y por lo rápido que estaban transcurriendo las vacaciones.

—¿Sabéis que esta pequeña bahía tiene mucha historia? —dijo el abuelo mirando al mar, sin darse cuenta de la hora que era—.

La mayoría la desconoce. Hay mucho que contar sobre los sucesos que ocurrieron justamente aquí.

—Cuéntanos abuelo, cuéntanos; papá dice que sabes muchas historias —le decía Javier, el pequeño de los dos nietos, que ya había cumplido los dieciocho años y era alto y bueno, igual que su hermano Pedro.

—Aquí ocurrieron dos hechos muy importantes. El primero es que se fueron a pique veinticinco de los veintiocho barcos de una flota que venía de su base en Cerdeña. Se había dirigido inicialmente a Cartagena y después a Málaga para abastecerse de provisiones y hombres, y desde allí partirían para reforzar las plazas ocupadas por nuestras tropas en las ciudades africanas de Orán y Mazalquivir, asediadas por piratas berberiscos; llevaban soldados, mercancía, material de guerra y algunos familiares que habían pedido estar al lado de los suyos.

Pedro y Javier seguían con atención sus palabras. El abuelo, con lentitud, bebió un trago de agua, miró el mar con añoranza y continuó la narración:

—El almirante de la flota, don Juan de Mendoza y Carrillo, temiendo la tormenta que se estaba formando y viendo que sus barcos estaban expuestos a los vientos, los sacó de Málaga y los dirigió costeando hasta el puerto natural que forma esta ensenada, abierta al oeste, para resguardarlos. Creyó que era el refugio idóneo para sus barcos y ordenó que los fondearan, lo que obligó a los capitanes a anclarlos muy juntos.

»La bahía está flanqueada por las dos grandes puntas. El lado derecho está protegido por el Cerro Gordo, un monte seco y pedregoso que tiene en la cima una torre vigía de época árabe, desde donde se divisa también la costa malagueña. A la izquierda está la Punta de la Mona. Es todo lo contrario que el Cerro Gordo: es más baja y con mucha vegetación, de pinares

autóctonos del Mediterráneo. En la ensenada pueden fondear barcos de cierto calado, y además, como veis, tiene forma de herradura. Por eso este sitio se llama La Herradura desde hace muchísimo. —Paró brevemente y miró a sus nietos antes de continuar.

—Fijaos en todo el entorno —dijo extendiendo las manos como si quisiera abarcar en ellas toda la bahía.

—Sí, abuelo, sigue.

—Pues bien, todas las naves fondearon a la espera de que la tormenta pasara o, al menos, se apaciguara un poco, pero el aire cambió de dirección y entró en la bahía con tal dureza que los barcos chocaron unos con otros y con las rocas. Como acabo de deciros, se hundieron veinticinco de los veintiocho.

Los nietos seguían expectantes las explicaciones del abuelo y miraban asombrados el mar, ahora en calma. El abuelo lo contempló también:

—Este desastre naval —continuó— se produjo el 19 de octubre de 1562, y en él murieron alrededor de cinco mil personas. Una gran catástrofe. Pero esta es una historia larga e interesante por la cantidad de sucesos y acontecimientos que contiene.

»Ahora quiero contaros una de las historias de amor más bonitas que han existido entre una mora y un cristiano, que, dicho sea de paso, fue antepasado nuestro. Ocurrió allá por el año 1430, cuando todavía existía el reino nazarí de Granada, el último vestigio de la España musulmana. He acordado con vuestros padres que yo os la contaría; ya se la conté a ellos en su día, y es de gran valor sentimental e histórico para nosotros.

—¿Esto tiene que ver con la espada que guardas en tu casa de Cazorla? Siempre nos dices que es muy antigua y que será para papá, porque es de un antepasado nuestro —dijo Pedro, el mayor de los nietos, al que le faltaban dos días para llegar

a los veinte años, que acompañaba a su abuelo y a su hermano a pesar de que había quedado con los amigos para bañarse y para ver a una de las chicas de la pandilla.

—Javier y yo hemos preguntado a papá muchas veces y desde hace bastante, pero siempre nos decía que tú nos contarías la historia de la espada y de la familia. Vemos que por fin ha llegado el momento de conocerla. Nos parece estupendo, abuelo, que sea hoy la ocasión.

—Creo recordar que hace tiempo nos la enseñaste, unas Navidades en Cazorla, porque te lo pidió papá. Era Nochebuena y nevaba, y nos dijiste que a su debido tiempo nos contarías la historia de la espada, que entonces éramos pequeños y no entenderíamos muchas cosas —apuntó Javier sonriendo.

—Cierto es todo. Había quedado con vuestros padres en que cuando viniera a veros, este fin de semana, os relataría nuestra historia. Esta noche después de cenar empezaré a contárosla tranquilamente, pues ya tendríais que saberla. Y sí, en efecto, esa espada era de un antepasado nuestro y ha pasado de generación en generación. La deberá guardar el primogénito, tal como se viene haciendo desde entonces, desde hace siglos. Nos llamamos Pedro como él y guardamos la espada por una promesa que la familia hizo y ha respetado a través de los años, ya muchos, y espero que siga así. —Se hizo un silencio y el abuelo cambió de tema—: Creo que es hora de darse un baño, secarse y recoger. Pedro, si quieres, acercarte adonde están tus amigos; te esperamos y luego nos vamos a casa, ¿vale?

—Gracias, abuelo. ¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Pedro con cara de no haber roto un plato, mientras su hermano Javier miraba con atención.

—Por supuesto, dime.

—Cuando se vayan papá y mamá a cenar, ¿puede venir mi amiga Alicia a tomarse un helado con nosotros? A ella también le gusta la historia, y seguro que le encantará escuchar lo que nos digas. — Pedro quedó mirando a su abuelo con cierta sonrisa picaresca.

—Claro, por supuesto. Si lo dices para poder estar con ella y es lo que quieres, que así sea —dijo el abuelo guiñando el ojo a Javier, que sonreía aún más.

Después de un buen rato regresó Pedro y ayudó a desmontar la sombrilla. Recogieron las toallas y se dirigieron a la casa. En el trayecto, Pedro solo comentó:

—Sí, viene. —Sonrió, cerró el puño con un gesto de satisfacción y siguió andando.

Javier y el abuelo sonreían a su lado.

Cuando la noche abrazó la playa empezaron a surgir las luces, deseosas de iluminar lo que el sol había oscurecido. El ambiente cálido luchaba por no dar tregua, pero algo de brisa más fresca que otros días intentaba colarse en la vida de los veraneantes.

El abuelo y los jóvenes despidieron a los padres, que se fueron a cenar, y ellos se prepararon unos aperitivos para tomarlos en la terraza.

Cuando terminaron de picotear, el abuelo dijo a su nieto mayor:

—Pedro, ve a por tu amiga mientras tu hermano y yo recogemos esto.

—Vale, no tardo. Enseguida estamos aquí.

Cuando llegó con Alicia, Pedro se la presentó a su abuelo, que le dio un beso de bienvenida.

—Hola, Alicia, es un placer conocerte.

—Igualmente, don Pedro —contestó ella educadamente.

—Ya me ha dicho mi nieto que eres una apasionada de la historia.

—Sí, me gusta mucho. Voy a empezar la carrera de Historia este curso que viene. Mis padres me inculcaron el interés por saber lo ocurrido en épocas pasadas.

Alicia era una chica alta y delgada de diecisiete años, morena y con ojos azules, muy educada y cariñosa. Había ido al mismo instituto que Pedro y de allí eran amigos. Había sido una entre otras razones del cambio de lugar de veraneo.

—Muy bien, me agrada lo que dices. Les iba a contar a los chicos una historia sobre algunos hechos ocurridos aquí hace mucho tiempo, en los que estuvieron implicados antepasados nuestros. Es parte de nuestra memoria familiar.

—Me encantará escucharlo. Gracias por dejarme estar aquí —manifestó Alicia.

—Pedro, por favor, ve a por los helados que he traído.

—Enseguida, abuelo —dijo Javier, que, adelantándose a su hermano, se acercó a la cocina.

Ya todos sentados, el abuelo probó el helado, bebió un trago de agua e inició su narración.

Los nietos y Alicia empezaron a mostrar atención. El abuelo siempre relataba sucesos pasados con gran destreza y cautivaba el interés de quienes lo oían.

—Ocurrió hace muchos años...